

*(Las flores se le caen en el camino: las últimas, al abrir los brazos para echarlos al cuello de su madre, caen á los pies de ambos.)*

MAGDALENA

¡Hijo mío!... Calla... calla...

ALBERTINO

¿Dónde está padre?... ¿Te deja llorar?...

MAGDALENA

¡Hijo mío... calla!

JUAN PABLO

*(A Magdalena.)*

¿Y lloras por él?

MAGDALENA

No mires  
con indignación mis lágrimas;  
no son de ninguna tierra,  
padre mío... ¡Son del alma!

*(Se abrazan: lloran Groninga y María Berkey acercándose al grupo: los demás permanecen en el fondo. Todavía, lejanísimo, redobla el tambor de los tercios.)*

TELÓN

## ACTO CUARTO

LA PAZ

La misma decoración del acto segundo. Cae la tarde. En escena JUAN PABLO, MARTÍN FROBEL y POTTER junto á la puerta del campo. MANDER, hablando con MARÍA BERKEY y MAGDALENA que, por apartarse de la conversación hace grupo con ALBERTINO.

JUAN PABLO

Ve tú, con buen tiento, Potter,  
á lo que tengo mandado;  
tú acompañaile, Martín,  
y en tu prudencia descanso.

MARTÍN

Y haces bien, que, según son  
los tuyos, hoy son mis ánimos.

JUAN PABLO

No olvidéis que, como viene,  
más que vencido, domado,  
ni estarán en su sazón  
reticencias ni entusiasmos;  
tratadle como quien es,  
dadle apoyo, abridle paso;  
si está herido, hacedle cura;

si lo ha perdido, un caballo  
procuradle.

(A Potter.)

Y tú, sé en todo,  
que yo lo quiero y lo mando,  
para recibirle, amigo;  
para servirle, criado.

POTTER

Se hará así.

MARTÍN

¿Le encontraremos?...

JUAN PABLO

En la aldea; Mander trajo  
noticias que llegó allí  
con su tercio destrozado.  
Dicen que los tercios mueven  
lejos de Flandes, el paso;  
si Diego aun queda con ellos,  
es que recela en su ánimo,  
y no quiero que á una casa  
que es suya, pues llega honrado  
con su dolor, la sospecha  
le tenga, al llamar, la mano.

MARTÍN

Descuidad.

POTTER

(Exagerando.)

Le haremos tales

demostraciones de agrado,  
que él se deje, haciendo vía,  
un recelo en cada paso.

JUAN PABLO

Así es mi gusto.

MARTÍN

Y así  
la voluntad con que vamos;  
descansa en ella.

JUAN PABLO

Traedle :  
no desea más Juan Pablo.

á  
E

(Salen, Martín Frobel amonestando á Potter en cuyo brazo se apoya; queda Juan Pablo un rato á la puerta viéndoles alejarse.)

MANDER

...Y me han dicho, la Berkey,  
que torna extraño: sospechan  
si le han trastornado el seso  
los reveses de la guerra.

MARÍA

(Crédula, con susto.)

¡Señor!

MAGDALENA

El es hombre, Mander,

singular en lo que piensa,  
y así no es fácil que todos  
los que le escuchan le entiendan.

*(Volviendo á Albertino; desde-  
ñosa.)*

Albertino, sube á ver,  
de la terraza la senda,  
y al verle llegar de lejos,  
dame un grito y hazme seña.

*(Albertino penetra en la casa.  
Mander insiste.)*

MANDER

Según son vuestros apremios,  
doyme á pensar, Magdalena,  
que mucho bueno esperáis  
de esta vuelta de la guerra.

MAGDALENA

¿No esperáis lo mismo vos?

MANDER

No: yo vi á Diego en la aldea.  
Ya no es el de aquella tarde,  
cuando, abriéndome la puerta  
de la casa, me arrojó  
tan villanamente de ella;  
hoy es mi día; hoy se ajustan  
todas en su mal las cuentas.  
Magdalena—hoy os lo digo,  
tal vez nunca os lo dijera—,  
tanto como vos le amáis,  
yo odié á Don Diego en la tierra;

y acaso esté en vuestro amor  
la razón que á mí me mueva.

MAGDALENA

*(Con dignidad.)*

Mander... ¿á qué publicar,  
si se adivinan, bajezas?  
¡No habla la serpiente, y rastro  
por donde pasa nos deja!

MANDER

*(Cinismo frío.)*

Como queráis. —Hoy termina,  
de todas suertes, la guerra—.  
Vos con amor, yo con odio,  
veremos hoy quién acierta.  
Esta casa y este asilo  
que le disponéis en ella,  
veréis si una herida sólo  
de las que le han hecho, cierra.

MAGDALENA

*(Volviéndole la espalda.)*

No os puedo escuchar.

MANDER

Dejadme.

Ya escucharéis, Magdalena,  
cómo él os pide la muerte  
por piedad; la muerte aquella

que yo no le di en el campo  
porque me faltó la diestra.

*(Sonriendo cínicamente, á Juan Pablo, que con María Berkey estará en el fondo, hablando en voz baja.)*

Decid... ¿no encendéis, Juan Pablo,  
esta noche las hogueras  
para festejar el triunfo?  
¡Toda Flandes hace fiesta!

JUAN PABLO

*(Con dignidad.)*

Olvidáis que esta es la casa  
de un español; si yo en ella  
me encuentro, es para mostrar  
cuanto me obligan noblezas  
que conmigo se tuvieron  
en los días de la guerra.

MANDER

¡Hidalgas hizo el hidalgo  
del Brabante las maneras!  
¡Dolor que rechace Flandes  
la tiranía extranjera,  
cuando ya está dando España  
tales frutos de nobleza!

JUAN PABLO

¡Mander!

MANDER

¡Os trocaron todo,

Juan Pablo! Ya en vos no queda  
ni una gota de la sangre  
que debéis á vuestra tierra.  
¡Alzad la frente, yo os traigo  
lumbre para las hogueras!

MARÍA

¡Juan Pablo!

JUAN PABLO

Mander, no os vale;  
id por las cabañas estas,  
que todas ellas el triunfo  
con luminarias festejan.

MANDER

Como gustéis.

*(Va á salir, sonriendo irónicamente; como un reto añade):*

Volveré,  
cuando él torne, Magdalena;  
que, aunque ni vos me estimáis  
ni él mis saludos espera,  
quiero yo ver, por mis ojos,  
cuánto logran, qué aprovechan,  
los milagros del amor  
para acabar una guerra.

*(Juan Pablo ha bajado la cabeza; María Berkey respira y va á cerciorarse de que Mander ha salido. Magdalena permanece serenamente fría.)*

ALBERTINO

*(Desde lo alto.)*

Cae la tarde... y desde aquí  
ya no distingo el sendero.

MAGDALENA

¿No le ves si viene?

ALBERTINO

Aun no.

MAGDALENA

Pues llega un momento.

*(A sus padres, que estarán en el fondo.)*

Quiero  
colgarle al cinto su espada,  
que habrá de halagarle á Diego;  
no la ha tenido en sus manos  
desde aquel día funesto.

ALBERTINO

*(Apareciendo en la puerta grande.)*

Madre...

MAGDALENA

Llega aquí, Albertino.

*(Coge una espada que habrá, con su cinto ó banda, sobre la mesa, y la ciñe á Albertino: le contempla á su sabor un instante y añade.)*

Día es hoy que nos debemos  
al que regresa los dos;  
acostumbra el pensamiento  
á que brote de él, lo mismo  
que agua manantial de un cerro;  
haz tus manos á llevar  
la mitad de los empeños  
que él quiso entregar al mundo  
y en el mundo no cupieron;  
piensa que te ha dado, al darte  
sangre suya, en don de fuego,  
con el regalo del nombre,  
la obligación de los hechos;  
no olvides que los linajes,  
si toman carne en el cuerpo,  
sólo el alma es quien, al cabo  
les viene á poner el sello;  
piensa que eres agua y cauce  
donde correr, su recuerdo;  
que eres fuerza, pero de él  
partió el impulso primero;  
que los hijos, de los padres,  
si toman el pensamiento,  
se arman para continuar  
la obra de Dios en el suelo;  
que sólo, en este pasar  
de un mismo nativo empeño  
á los hornos de los hijos  
desde el hogar de los viejos,  
deja de ser humo y aire  
y es eternidad el tiempo...  
Cuando le veas entrar,  
llega tu rodilla al suelo,  
que un padre, si no es Dios mismo,  
para un buen hijo, es su templo;  
pon en sus manos tus labios,

que aunque más pida tu pecho,  
 tu cariño será doble  
 si se viste de respeto;  
 escucha mucho, habla poco,  
 pide nada, te da entero,  
 y queda, en mi bendición,  
 de la gracia de Dios lleno,  
 ya que es para ti, este día  
 que él regresa y yo le espero,  
 el primero de tu vida  
 después de tu nacimiento.

*(Le bendice con las manos puestas sobre su cabeza y le abraza luego; en este mismo instante suenan, detrás de las bardas, las voces de Don Diego y los ayes y quejas de Potter.)*

DON DIEGO

*(Dentro.)*

¡Villano! ¿Pretenderás  
 engañarme á mí, villano?

POTTER

¡Señor!

DON DIEGO

*(Ya en la puerta; pero á medias, vuelto de espaldas.)*

¡Decirme que no  
 me vencieron en el campo

porque piensa que no sé  
 soportar mis descalabros!

*(Levanta su espada, que trae en la mano, contra Potter, que huye.)*

¡Vive Dios!...

*(Acaba de dar la vuelta, encogiéndose de hombros; ve á los suyos. En un grupo los dos ancianos: Juan Pablo, con su gorra de pieles en la mano; María Berkey sonriéndole y casi tendiéndole sus brazos; Magdalena, con el rostro contraído de dolor, hierática; el hijo, sin comprender, atemorizado.)*

¡Ah! ¿Me esperabais?

Doyme prisa, abrevio el paso.

*(Llega hasta Magdalena, á la que bruscamente, y casi sin mirarla, tiende su espada.)*

Cuelga de un garfio esta espada,  
 pero cuélgala bien alto;  
 que, aunque rodé y me han vencido  
 y ya no es mía, el villano  
 que pretenda descolgarla  
 ha de tener largo el brazo.

*(Magdalena toma la espada que le entregan y, sin mirarla, la deja sobre la mesa. Ella, con toda el alma en los ojos, sigue á Diego, que ahora está delante de su hijo. Albertino pretende arrodillarse; Don Diego, con un arranque, grita.)*

¡A mis pies no, que te humillas!

*(Le obliga á levantarse y le abraza fervorosamente; se vuelve á Magdalena y sonríe: desde este momento se humaniza y se va quebrando gradualmente la máscara de su rostro: ve á los viejecitos en el fondo: con frialdad ceremoniosa.)*

Buena mujer, noble anciano...

*(Mirando á todas partes.)*

¿No quedan más?... ¡Pocos sois, para lo nuevo del caso!

MARÍA

*(Tendiéndole aún los brazos.)*

¡Hijo!... ¡Diego!... ¿No me ves?

JUAN PABLO

*(Severo, amargado, empujando á su mujer para que entre con él en la puerta pequeña.)*

María... silencio... vamos...

*(Salen los dos.)*

MAGDALENA

*(Dolorida, llegándose á Don Diego.)*

Diego, son mis padres... ¿fueron tan funestos estos años que te olvidaste?...

DON DIEGO

Aun recuerdo

la airada voz del anciano,  
y, como me dió por muerto,  
me extraña verle á mi lado...  
¿murió él también?...

MAGDALENA

¿Por qué finges,

Diego?... ¿Qué hay vil en mis brazos,  
que te los tendí al llegar  
y sólo una sombra hallaron?

DON DIEGO

¿Pues esperabas tú luces,  
si vuelvo con el ocaso?

MAGDALENA

Diego: en tu presencia, nada  
siento que me muerda el ánimo;  
de nada acusarme puedes;  
sobre mi tierra te he amado;  
sobre mi casa y mi gente,  
puse mi vida en tus manos.  
¿Mereció mi lealtad,  
á tu regreso, este pago?  
Si finges con los demás,  
si pones hielo en tus labios  
para que nadie, por ellos,  
entre en ti, que eres sagrado,  
la puerta que á otros les cierras,  
¿no habrán de abrirla estas manos?

DON DIEGO

No me pidas que concuerden  
las palabras de mis labios  
con el horror de mi vida,  
Magdalena. No inventaron  
palabras tan espantosas  
los mortales.

MAGDALENA

Ni reclamo  
que tus dolores me cuentes;  
me basta á mí adivinarlos.  
Quiero que, al llegarme á ti  
para enjugar con mis manos  
tus lágrimas, no las quemes  
con el fuego de tus párpados;  
quiero...

*(Se ha acercado á él: le ha puesto una mano en la espalda. Don Diego se estremece: le coge la otra mano: confidencial, precipitado, leal, temblándole la voz.)*

DON DIEGO

Magdalena, ha sido  
la tragedia un sueño malo...  
No sé si he muerto ó si vivo  
todavía... Nos llegamos  
á esta guerra los de España  
que, en tres meses, caminando,  
por tres reinos, con la espuela  
polvo español levantamos.  
Salimos... y, por merced,  
la Europa nos abre paso;

que, como somos mendigos,  
nos dejan ir mendigando...

MAGDALENA

Pero tú, que el corazón  
te dejaste entre mis brazos,  
por una senda de flores  
vuelves, glorioso, á buscarlo.

DON DIEGO

Pero, como era, al partirme,  
de dos mundos soberano,  
y hoy, al pisar un sendero,  
me obligo á un dueño, pisándolo,  
no estoy hecho á ser tan poco  
después de haber sido tanto;  
quiero cubrir con palabras  
el vacío en que me hallo;  
para esconder que me falta  
la espada, agrando mi manto;  
el gesto no he de agrandarle,  
que, como estaba en mi mano  
el mundo, aunque él ha caído,  
la mano quedóse en alto...

MAGDALENA

¿Por qué si es ello verdad,  
Diego mío, y no has cambiado,  
respondiste con desdenes  
cuando mis padres te hablaron?

DON DIEGO

Es verdad, estuve duro,  
Magdalena; he de enmendarlo.

¿Tú no sabes que hace días  
me atormentaba este paso?  
¿Tú no sabes que sentía  
vergüenza de llegar, falto  
de laureles, destruido,  
sin nombre, como un villano?

*(Después de mirar en torno.)*

Buscaba á Mander; temía  
tropezar con él... ¡El paso  
ya se dió!... Y tus buenos viejos,  
es cierto, me contemplaron  
con cariño... ¿No burlaban  
de mí, verdad?... El anciano  
se descubrió, al descubrirme;  
tendió la anciana sus brazos...  
Y yo les quiero...

MAGDALENA

    Mi padre,  
Diego mío, no ha dejado  
que hubiera fiesta en la casa  
para festejar con lauros,  
como los demás, el triunfo:  
los amigos que llegaron  
no danzarán esta noche,  
como otras, al pie del árbol;  
por estas cabañas andan,  
donde han querido ampararlos...

DON DIEGO

¡Noble viejo! Magdalena,  
tráele aquí... ¡Pienso que he dado  
con el modo de volver,  
como quien soy, á sus brazos!

MAGDALENA

*(Radiante, contenta.)*

¿Le llamo?

DON DIEGO

¡Tráemele pronto!

MAGDALENA

¡Gracias, Diego!

*(Sale por la puerta pequeña; quedan solos Don Diego y su hijo.)*

DON DIEGO

*(Después de mirarle un rato, sonriendo con emoción indecible.)*

¿Quién ha atado  
de tu cintura, este cinto  
con este acero colgando,  
hijo mío?

ALBERTINO

Fué mi madre;  
para recibirte.

DON DIEGO

¿Hablaron  
de mí los abuelos?

ALBERTINO

Mucho:  
¡ellos te recuerdan tanto!

¿Y tú?

DON DIEGO

¡Yo más!

ALBERTINO

DON DIEGO

*(Sacando con cierta prisa y como con miedo de que le sorprendan, un libro envejecido y sucio, que traerá bajo el jubón de soldado.)*

Toma, Alberto,  
el solo botín que traigo :  
á un gran demonio alemán,  
rematándole en un saco,  
al darle un golpe en el pecho,  
se lo arranqué de las manos ;  
muriendo, gritó : «Esta vez,  
con este sólo has luchado,  
por eso no bastó el hierro ;  
si tienes un hijo, dáselo.»  
Pensé en ti, pensaba siempre,  
y en mi jubón te lo traigo.

ALBERTINO

*(Tomando el libro y apretándole contra su pecho.)*

¡Gracias ; más lo estimo, padre,  
que un laurel!

DON DIEGO

No vale tanto.  
Y este acero de este cinto,

si un día has de desnudarlo,  
para que en su punto sea,  
mira al mundo, no á tu brazo.

*(Aparecen en la puerta pequeña Magdalena y los dos viejos; al verles, se hace atrás Diego y, mirando á ellos y mirando luego á su hijo, sigue diciéndole á éste de modo que le oigan todos.)*

¡Tú, Felipe Alberto Acuña  
de Carvajal... y Godart!  
¿Cómo esta casa, que es tuya  
pues que de mí la tendrás,  
hoy, cuando celebra Flandes  
triumfos que le traen la paz,  
callada y desmantelada  
y muda y cerrada está?  
Piensa que eres el primero  
de un linaje, en marcha ya,  
en que la sangre de Flandes  
mezclada á mi sangre va ;  
linaje que es, tras las quiebras  
de un estéril batallar,  
la sola flor, en que, unidos,  
los dos reinos vivirán...  
Quiero que esta casa tuya  
esta noche haga temblar  
toda la pradera en danzas,  
todo el aire en un coral.  
Busca amigos, junta mozas  
tráeme lumbre, haz festival,  
que tienes sangre de Flandes  
y yo no la puedo odiar.  
Si, para la empresa, manos  
te hacen falta, búscalas...